

Rómulo Gallegos

Juan, el Veguero



OR allá se quedaron los caminos que podían llevarlo a los llanos de Barinas; aquí se extienden ahora ante su vista las desiertas llanuras que van a morir en las solitarias riberas del Cunaviche. Más que el deseo de medir sus facultades con el ya legendario cantador a quien iba desafiar, así fuese el mismo Diablo, como decían, pudo la curiosidad del enigma de Hato Viejo Pyareño y hacia allá cabalga escotero, pues la remonta se la cedió al Caraqueño, solo, a través de la muda inmensidad de los bancos.

Humaredas de incendios lejanos que hace días enturbian la atmósfera de la sabana, más densas a medida que se interna hacia el sur, hacen el aire sofocante y penosa la marcha bajo el sol sin brisa que lo mitigue. En los matorrales estridulan las chicharras y en los bajíos, donde fueron los bebederos, se resquebrajan las terroneras enjutas. Reina la sequía y los rebaños sedientos caminan hacia el agua ilusoria de los espejismos.

Ya atardecía, en rojo sin brillo, cuando llegó a un

rancho solitario, junto a la vega castigada de una madre vieja.

—¡Salud!— Dijo, pero no obtuvo respuesta. Era una choza despatarrada, en parte caney, en parte vivienda con abrigo de techo de palma y paredes de barro. Bajo el cobertizo abierto al viento sabanero, que aquella tarde no corría: un chinchorro mugriento, negras las cabulleras de chinches repletas de sangre sin substancia que le chupaban al dueño de aquella yacija; una tinaja sobre una tabla clavada al tope de un palo enterrado en el suelo y más allá un montoncito de cenizas frías entre unas topias ahumadas.

Detrás del rancho, tres cruces de maderas sembradas entre el monte, un topochal en torno a una charca, un rastrojo de yucas raquílicas. Y la sabana por todas partes, desierta, inmensa y melancólica bajo la luz espesa con que se desangraba el sol, degollado por el horizonte, entre la bruma de la humareda.

—¡Salud!— repitió Florentino.—¿Cómo que no hay gente por aquí?

—Sí, señó!— salmodió lentamente, pues aquello no era hablar, una mujer que aun tardó un buen rato en asomarse a la puerta del rancho.—Por aquí anda un piazo.

Pringue de ropas en jirones y miseria vital de un cuerpo sin sangre, hidrópica, abotagado el rostro de color terroso, amarillo el que debiera ser blanco de los ojos, mortecinas las pupilas, bien había dicho que no

era una persona, sino un pedazo nada más, un mal resto de ser viviente.

—¿Me permite que cuelgue por aquí después de obsequiarme con un poco de agua?—le preguntó Florentino.

Y ella tardó en responderle, no porque quisiese negar el hospedaje, sino porque todo vacilaba y se arrastraba penosamente dentro de aquella ruina.

—¡Yo sé Juan! De seguro que él tampoco tendrá inconveniente.

Y esto, que se refería a su hombre, lo dijo sílaba a sílaba, con una lentitud desesperante y a tiempo que se rascaba el abdomen con movimientos tan calmosos como sus palabras.

—¿Y Juan por dónde anda?

—¿El?—interrogó ella a su vez. Y luego, sílaba a sílaba y rasca que te rasca: —El ahorita tapa la vega, recogiendo unos topochitos y unas yuquitas pa la comita e mañana. Pero ya no debe dilatá, porque, aguaita el perro que ya viene por ahí. ¿Por qué no se apea? Aquí no tenemos na que ofrecerle, pero techo ande colgá tuavía queda un piazo. Digo, si Juan no tiene inconveniente, que a buen seguro que no lo tendrá.

El perro era sarna y Juan, el veguero, anquilostomosis y paludismo. Retaco, macilento, canijo, pie en el suelo nidal de niguas, un mandil de coleta cubriendo las partes pudendas, la piltrafa de un sombrero pelodeguama sobre la greña piojosa. Traía una mochila al hombro y un machete rabón en la diestra y apenas con-

testó con un gruñido al saludo insinuante de Florentino. Ni una chispa de inteligencia brillaba en aquella mirada que se posaba sobre las cosas y allí permanecía largo rato inmóvil, inexpresiva, echada como una bestia pesante y despeada.

La acción embrutecedora del desierto, la vida confinada al palmo de tierra de la vega perdida en la inmensidad de la sabana, siervos solitarios de la gleba que sobre aquel mal terrón de ella nacieron y en ella enterrarían sus huesos, el funesto chinchorro siempre colgado, encurvando y reblandeciendo las energías, el rudimentario alimento del topocho y de la yuca que degeneraban en la tierra sin cultivo del rastrojo y del agua pútrida de la charca o del jagüey, carato de aquellas larvas que les hinchaban los vientres y les chupaban las fuentes vitales, la miseria sin límites pero sin horizontes, como la llanura en aquella tarde brumosa y la ignorancia absoluta, habían hecho de aquel hombre y su mujer duendes de sí mismos, con cenizas de alma en la mirada.

Florentino no se molestó en repetir la petición de permiso para colgar su chinchorro, sino que procedió a tomar posesión del caney y aunque nada de lo que hubiese en aquel cubil podría ser apetitoso, luego de mitigar la sed con el agua turbia y posma de la tinaja, como llevaba hambre de toda una jornada les pidió de comer.

—¿De comer?—repitió la mujer, con esa costumbre de respuestas interrogativas, doble trabajo de la pereza mental.

—¡De comer!—exclamó Juan, a tiempo que su mirada iba a echarse sobre las topias del fogón apagado, donde ya lo estaba el perro sarnoso que les servía de guardián.

Y la primera agregó, con su desesperante manera arrastrada de hablar:

Si se conforma con un topochito asao y unas yuquitas sin sal, porque la última poca que me quedaba se nos acabó trasantiel, le prendo la candela. Pero si me proporciona una rajita e fósforo.

—Me conformo con una taza de café—dijo Florentino.

—¿Café? ¡Ay, mijito! Eso es lujo por aquí.

—O un trago de aguardiente para engañar al estómago.

—¿Aguardiente?—intervino Juan, que en lo preguntón y en lo calmoso para hablar rivalizaba con su mujer. —La cosa es que la última poca que me quedaba me la bebí esta mañana, pa sacame el frío de tripas de una cagantinita que me tiene trabajao.

—Pues está visto que he llegado tarde y no me queda más recurso sino echarme otro tarrayaso de agua, que como está cargadita de tierra, con el peso se me aplomará el estómago.

—Lo único que pueo ofrecele es una morðiita e tabaco e vejiga—concluyó Juan, quitándose el sombrero, bajo el cual llevaba, sobre la greña piojosa, la inmundicia que ofrecía.

—Gracias. No masco—rechazó Florentino. Y lue-

go a la mujer: —Tome el fósforo, comadre. Me transo por el topocho y la yuquita.

Y al cabo de un rato, ya metido en su chinchorro y mientras la mujer le aderezaba el mal paliativo del hambre:

—Dígame, Juan. ¿Cómo pueden ustedes vivir así?

—¿Cómo?

—¿Y todavía lo pregunta?

—Ah! . . . Pues asina, con el favor de Dios, que es muy grande.

—Ya se vc. ¿Pero no pone usted nada de su parte para ayudarlo a que no siga haciendo esos favores?

—¿Y pa qué, don? . . .

—¡Hombre! Pa que no pase trabajos su mujer. Y no digo sus hijos, porque con lo jambreados que están ustedes no me parece que puedan tenerlos.

Y Juan, palabra a palabra y sílaba a sílaba, cual si fuese contándolas mientras salmodiaba sus negras miserias:

—Ya los tuve y se me murieron. ¿No aguaita esas cruces que están entre el monte? Ahí mismito los juimos enterrando según y como se nos jueron muriendo. Eran tres que cabían bajo un canasto y el mayorcito se nos malogró de una mordía e culebra, un día que lo puse a jalame el monte del rastrojo, en salva sea pa usté la parte más noble del hombre. Al del medio se lo llevó la fiebre esa que mientan económica, porque no da tiempo a gastá en medicinas y a la última, una jembrita de tres meses de nacía, nos le echaron maldiojo y murió de

una novedá del estómago, que no hubo yerba ni raíz que pudiera cortársela. Alcaraván la vido y con to lo facurto que es no pudo sacale el daño que le habían echao. De mo y manera que ya le he dicho a la mujé mía, que su gracia es Ufemia: vamos a dejá la paridera porque ya le hemos pagao su tributo a la tierra y por ese lao podemos está tranquilos, pues ya tenemos allá arriba tres angelitos que pidan por nosotros.

—Ya se ve que están pidiendo y consiguiendo mucho.

—Además, don, eso de trabajá no remedia ná, porque si bien se mira, desde que el mundo es mundo los que trabajan son los pobres y los que se benefician son los ricos. Yo no me quejo, porque, como dice la copla:

hasta los palos del monte
tienen su separación:
unos sirven para leña
y otros para hacer carbón.

¿Pero de qué me ha servido a mí está trabajando desde que me conozco? Yo siembro las yuquitas y cuando están buenas de comese, vienen del ható y se las llevan toas, que gracias a Dios que nos dejan las zocatas. Y si es la poquedá de plata que el amo del ható le paga a uno por cuidale la vega, toa se la llevan los frascos de cholagogue y las peslas de quinina, que apenas le queda a uno pa un piazo e tabaco e mascá y pa una poca de aguardiente lavagallo pa calentase el cuerpo

cuando empieza la llovedera. Y de la pulpería del ható viene to eso, porque plata no la mira el veguero, aumentando la palizá de palotes de la cuenta, que ya la mía no la brinca un venao.

—¿Y por qué no arrea usted por delante la mujer y se va a trabajar donde lo traten mejor?

—¡Jm! Mejor estaba yo y como dueño en lo mío, allá por los laos del Yagual. Y esa jué mi perdición. Tenía un piacito e tierra sembrao y unos cuantos animalitos: unas cuatro vacas lecheras y dos potrancas, y con eso vivía tranquilo y contento. Pero como en este mundo na es completo, había también por allí na menos que un Jefe Civil, más malo que Guardajumo, de apelativo Buitrago. Se enamoró de lo mío—a ellos siempre les sucede eso con lo ajeno—y hoy con una multa, porque las vacas y que andaban sueltas por la población, y mañana con un arresto por unos palos de más que me pegué, como yo nunca tenía plata pa pagá las multas, me jué montando una cuenta y un día jué y vino a embargarme dos vacas pa pagásela, él mismo. A lo que me dije yo: —déjame salí de estos animalitos pa que se le quite al hombre la provocación y vamos a ponernos lejos de poblao, porque en esta tierra pa viví tranquilo, contimás distante de las autoridades. Y vendí lo que me quedaba de lo mío y me vine a trabajá en lo ajeno, pa que otro más solitario, pudiera seguí siendo rico. Y aquí me tiene, resignao a mi suerte, porque ya lo tiene dicho la copla:

El que nació para pobre
y su sino es niguatero,
manque le saquen la nigua
siempre le queda el aujero...

Así concluyó Juan. Sus miradas se posaron al pie de las cruces sembradas entre el monte. Sus últimas palabras se hundieron en el vasto silencio sin transición perceptible y Florentino, recordando la peregrina teoría del Caraqueño, se dijo mentalmente:

—¡Ah espantos feos los que van a salir por aquí!

Y la noche se echó sobre el rancho de Juan, el veguero, duende de un hombre que tuvo unas vacas y se las robaron quienes debían protegerlo y tuvo tres hijos que se los mataron el brujo, la culebra y las fiebres.